



CAPITULO VII

DONDE CONTINÚA EL FESTÍN DEL CURA, DADO CON LA OCASIÓN
QUE YA SABEMOS

Las razones de D. Quijote eran muy bien pesadas en ciertas materias; pero como lo que los clérigos querían era hacerle desbarrar, el más socarrón le dijo: «Si vuestra merced da por punto indiscutible la existencia de las hechiceras, no dudará tampoco de las gigantas.—Ahí está Batayaza, respondió don Quijote; ahí está Gregasta; ahí están Gadalesa y Gadalfea. Y la hermosa jayana PintiQuiñiestra ¿no es bien conocida en el mundo?—¿Quién es esa PintiQuiñiestra?, preguntó el vicario: trabajo le mando al Sr. D. Quijote de que nos enseñe ese nombre en el santoral.—Lo hallará vuesa merced en el santoral de las amazonas, replicó el hidalgo, de quienes fué reina esa princesa; y «era hermosa como un ángel» y tenía los ojos grandes como estrellas.—¿Las amazonas, tornó á preguntar el vicario, no son esas gentes á quienes llaman de menguadas tetas?—Sí, señor, respondió D. Quijote, á causa que se cortan la una, para disparar la flecha con más comodidad.—Pero no solamente la Iglesia, mas también el poder civil se declaran contra esas peligrosas fantasías, Sr. D. Quijote: en prueba de esta aserción, no tengo sino echar mano por cualquier código de España.» Y levantándose el vicario con el permiso de sus comensales, tomó de su estante un libro, desempolvólo con alentar en él, lo hojeó no sin

maestría, y leyó: «Otrosí decimos que está muy notorio el daño que hace á hombres mozos é á doncellas é á otros géneros de gentes leer libros de mentiras, como son *Amadís* y todos los que después del se han fingido de su calidad y letura, coplas de amores, farsas y otras vanidades; y aficionados los tales hombres mozos y las tales doncellas á esas fantásticas sotilezas, cuando algún caso se ofrece así de armas como de amores, danse á ellos con más rienda suelta que si no los oviesen leído: y muchas veces deja la madre la hija encerrada en casa, creyendo la deja recogida, y queda leyendo en estos libros semejantes del demonio, embelesados en aquellas maneras de hablar, é aficionados á aquellas cosas.»—Así pues, vuesa merced, como buen cristiano, ha de atenerse á los preceptos de nuestra santa madre Iglesia, la cual no cree en magia negra ni blanca, en caballería andante ni echante, sino en la Santísima Trinidad y en la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.—Si fuera que vuesa merced, respondió D. Quijote, hablara yo con más seso y puntualidad. Caballería echante, será la de los que lo pasan entre flores, sin más imposición que la cura de almas, echados ó sentados, solos ó en buena compañía.—Mire vuesa merced este capón, le dijo su vecino en voz apacible para amansarle, cuán bien tostado aparece, y cómo provoca su pechuga blanca y sedosa: acéptelo, y luego estas albondiguillas que no hay más que apetecer, tras las que vendrá oliendo á poleo un traguito de ese moscatel añejo.—No más que por reducir á vuestas paternidades al trance de una batalla, repuso D. Quijote, negaré por un instante la existencia de San Pedro, si me apuran con esto de albondiguillas.—¿Y no temerá vuesa merced incurrir en pena de excomunión *lata sententiae*?, preguntó en tono de amenaza uno de los clérigos.

«El papa cuando lo supo
Al Cid le ha descomulgado:
Sabiéndolo el de Vivar
Ante el Papa se ha postrado:
Absolvedme, dijo, Papa,
Si no seraos mal contado,»

respondió D. Quijote con cierto retintín que hartó estaba demostrando su intención. — Todo lo que aquí se ha dicho ha sido en vía de pasatiempo, dijo el vicario, y á manera de controversia pacífica, por atersar el ingenio, el que suele empañarse cuando no se le rebruñe con la disputa. Pero dudar de la caballería andante, allá se iría con dudar del ave Fénix. Sólo si deseara yo que el Sr. D. Quijote se retractara de lo que ha dicho respecto de San Pedro, por si en ello consistiese la salvación de su alma. — En esto de cantar la palinodia, respondió don Quijote, suele haber un tanto de vergüenza, aunque el que la canta obra influido, no por el interés y la amenaza, sino por la manifestación de la verdad. Los hombres somos así: lo que una vez afirmamos lo sostenemos á capa y espada, como si en el dar un paso atrás fuese de la honra y no de la negra honrilla. Yo tengo para mí que presupone más valor el combatirse uno consigo mismo y vencerse en pro de la justicia, que el llevar adelante errores declarados ó necias pretensiones. En este concepto, si algo senté de pecaminoso, me desdigo: la andante caballería en ninguna manera se opone á la doctrina cristiana; antes los más renombrados caballeros han sido, no sólo creyentes humildísimos, sino también rezadores y devotos. D. Belianís de Grecia, en medio de la fogosidad de su carácter, dando y recibiendo cuchilladas, era un santo. Florindo de la Extraña Ventura hacía milagros, ni más ni menos que San Diego. «Mi Dios y mi dama» es nuestra divisa; y primero que embistamos con el enemigo, es obligación nuestra encomendarnos á ellos. — Conforme á ese principio, dijo uno de los religiosos, vuesa merced debe de tener su dama, ya que sin el nombre de ella, la divisa sería incompleta. ¿O es por ventura caballero novel y solitario? — Si la modestia no me lo estorbara, respondió D. Quijote, diría que soy de los más provecos y enamorados; mas como las alabanzas propias deslustran hasta los timbres verdaderos, me he de contentar con decir á vuesa merced que no hay caballero andante sin dama, y que la de mis pensamientos es la nata de la hermosura. — Sea vuesa merced servido, tornó á decir el fraile,

de ponernos al corriente del nombre y la prosapia de esa gran señora. ¿Debe de pertenecer á la gran casa de Béjar, si ya no fuese de la de Benavides de León? — Nada de eso: la mía es la sin par Dulcinea del Toboso. — ¿Duquesa de Arjona ó del Infantado, ó marquesa de Algaba y de los Ardales? Dígame vuesa merced la nariz que tiene, si aguileña, si arremangada, y al punto declaro á cuál de las casas grandes de España pertenece. — Los duques de Medina de Rioseco la tienen un tanto repulgada; indicio de altivez, mas no de malevolencia. Los de Pastrana, al contrario, la suelen inclinar hacia la boca. La familia de los Portocarreros de Varón, condes de Medellín, la usan con las ventanas más que medianamente abiertas, lo que indica sangre ardiente é impetuosidad amorosa. La de los Men Rodríguez de Sanabria tiene el tabique echado hacia fuera, y con esto manifiesta la soberbia de su raza; mientras que en los marqueses de Carcasena, ella es chupada como fuelle dormido, señal de blandura de genio, aunque no de prodigalidad. Los Ladrones de Guevara, condes de Oñate, son de nariz combada como si hubieran nacido para el trono,» respondió D. Quijote con oportunidad, y alzados los manteles, se levantaron los señores, después de una corta dación de gracias al que nos ofrece el pan de cada día. El cura invitó al caballero á visitar su fábrica, en donde le haría ver, dijo, una capilla famosísima que había quedado en pie por milagro especial del santo dueño de ella.



CAPITULO VIII

DONDE SE DESCUBRE LA INGENIOSA MANERA DE QUE EL CURA USÓ PARA DAR UN BANQUETE SIN QUE LE COSTASE UN MARAVEDÍ Y SE TRATA DE SANCHO PANZA Y LA REVUELTA EN QUE SE VIÓ METIDO MUY Á PESAR SUYO.

Si el santo hombre de vicario se daba la mano con Harpagon, mucho que lo afirman las historias; pero lo cierto es que ese día todos nadaban en la abundancia; pues á fuero de ingenioso, el cura había imaginado el modo de servirse un banquete á ninguna costa; y era imponer sobre sus feligreses una contribución de platos de todo linaje, con decir que era cosa de la Iglesia, y que yendo la Virgen en persona por la madera, sería poco cristiano no festejarla con alguna piadosa demostración á su regreso. Gravó, pues, con un manjar á cada familia de viso, de suerte que sus manteles se cubriesen tres ó cuatro vueltas y los postres fuesen acomodados á ofrecerlos á Su Santidad en persona. A una impuso las sopas, á otra los asados; á ésta los rellenos, á ésa las ensaladas; las tortas á cual, los dulces á tal; á la de acá el pan, á la de allá el vino; y así fué la vehemencia de su palabra, que consiguió de sus oyentes hasta mistelas finas y toda clase de sainetes y bocadillos de reina, ofreciendo sacar del purgatorio el número de almas que fuere menester. Sancho Panza, el escudero, participaba largamente de la generosidad del vecindario, comiendo y bebiendo con más holgura y menos ceremonias que en la ínsula Barataria; pues no había más doc-

tor Pedro Recio de Tirteafuera que un pillito ordenado de menores, entre diácono y sacristán, que tiraba á matraquearle, habiendo barruntado la sencillez del majadero. «Supuesto que la hija de vuesa merced se cría para condesa, dijo, bien podemos desde ahora, me parece, llamar conde á vuesa merced, en cuanto padre legítimo de esa alhaja. — Por la misma razón, contestó Sancho, ya podrá la pelarruecas de la esquina subir al campanario á repicar, dado y concedido que vuesa merced es hijo de su madre. Condes serán los de Sanchica, ó duques, si mi amo tuviere por mejor casarla con el de Arembergue y Ariscot. — Mi madre no pela ruecas, dijo con mucha cólera el monigote; lo que solemos pelar por aquí son las barbas á los atrevidos que maman y gruñen. — El pelar barbas está cometido á los andantes, respondió Sancho: si vuesa merced quiere meter la hoz en mies ajena, sucederá quizás que vaya por lana y vuelva trasquilado, y trasquilado á cruces. — *Turpiter decalvare*, dijo un buen viejo que picaba en latinista, y era tío desgraciado de uno de los clérigos; de esos parientes que, por humildes y pobres en demasía, suelen huir de la mesa principal. A esto el Fuero Juzgo llama *esquilar laidamente*, añadió. ¿Conque se propone vuesa merced esquilar laidamente á este muchacho? — Tal es mi determinación, respondió el escudero. — Y vos ¿quién sois para abrigar esos designios?, preguntó el monigote: ¿Estáis á nuestra mesa, y os proponéis trasquilar á cruces á los que os dan de comer?» Levantándose con estas razones, se sacudió y se fué lleno de furia.

«Ahora que ese buscarruidos nos ha hecho el favor de largarse, dijo el latinista, cuéntenos el buen Sancho, ¿á qué centro tira sus líneas en esto de irse por el mundo tras un loco? El hombre se afana por llegar al término del cual vuesa merced está huyendo; esto es, á la vida doméstica tranquila y sosegada, en medio de la esposa y de los hijos, frescos pimpollos que respiran inocencia y alegría cuando niños, amor cuando mayores. He visto el hogar y me he calentado en él: *Vale, calefactus sum, vide focum.*» El discurso del latinizante parecía lógico, y el escu-

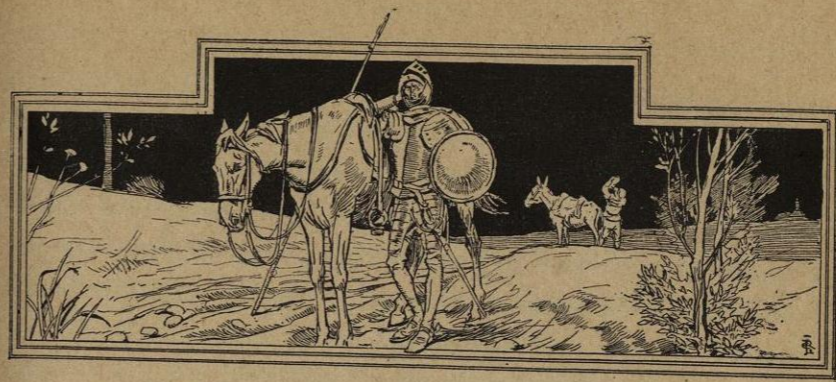
dero echó por el atajo diciendo: «Como el Sr. D. Quijote no varíe de intención y acabe por hacerse emperador, según lo tiene resuelto, ya puede vuesa merced considerar la ganga que me espera, pues no me habré de contentar con menos que con ser su gentilhombre de cámara. — ¿Y qué hará vuesa merced, señor don Sancho Panza, cuando sea gentilhombre de cámara de un emperador? No estoy lejos de pensar que más le conviniera un beneficio curado, donde se come de pichón, sin peligro de que le anden á uno refrescándole los lomos con estacas, según por acá sospechamos que ha sucedido con el señor ex gobernador. — Y no pocas veces en la gobernación, y fuera de ella, respondió Sancho. Pero mi amo dice que esos son percances de la caballería, y que si el acometerse es de valientes, el sufrir es de constantes. Respecto de lo que haré cuando me vea gentilhombre, ¿qué he de hacer sino holgarme? Como, bebo, duermo sin cuidado, me levanto tarde y dejo pasar los días por sobre mí, gozando de la vida. — ¿Quién os impide cumplir ese programa ahora mismo?, preguntó en vía de argumento el latinista: para comer y beber, dormir sin recelo y levantaros tarde, no necesitáis hallaros en esa elevada jerarquía. La paz reina en la casa modesta: lo cómodo, lo apetecible, lo suave y halagüeño están en el hogar: la felicidad tiene vida privada, y es cosa muy diferente del resplandor soberbio de las alturas sociales. Los vientos arrecian por los montes, Sr. Panza, cuando el humilde valle se está sereno en su bajo nivel. Y puesto que sois tan amigo de refranes, aquí encaja el de «al capón que se hace gallo, azotallo.» No os alcéis á mayores y quedaos en vuestro lugar, que es lo más seguro.»

El vino no habla en estos términos: ni la pobreza le impedía tener razón, ni el abatimiento le había echado á los vicios al buen viejo. «No soy gallo, respondió Sancho en voz casi arrogante; ni á mí me azota nadie: si me los doy con mano propia, no es de por fuerza, sino voluntariamente, por desencantar á la persona de mi amo, cuyo pan estoy comiendo. — Más vale flaco en el mato que gordo en el papo del gato, amigo Panza,

repuso el viejo: en vuestra casa sois gentilhombre, señor de los camareros, barón, conde, todo: nadie os manda en ella, vos mandáis en los sujetos á vuestra jurisdicción. Coméis cuando os viene el hambre, sin etiqueta ni modales importunos: ganáis la cama cuando os rinde el sueño, libre de andar por corredores y antesalas, esclavo de un reloj, como sucede con la gente palaciega. Vestís á vuestro antojo, y el opresor uniforme, ó digamos más bien librea, no os quita tiempo ni comodidad. ¿Y qué cosa más apetecible que la atmósfera pura y limitada de la casa donde respiramos con satisfacción entre personas queridas, á salvo de las inquietudes y molestias que zozobran de continuo á los ambiciosos? La gente de corte vive en una altura sin ciñimientos, Sr. Panza: de caballo de regalo á rocín de molinero, cuando menos se lo piensa. Y aun sin esto, si sois de los principales, tenéis mil enemigos secretos que os indisponen con el príncipe y os difaman en el público: envidia, odio, calumnia os roen á sordas: muy afortunado habéis de ser si al voltear la cabeza no os soplan la dama. — ¡Eso no!, dijo Sancho: Teresa Cascajo tiene sus retobos, pero es tan fiel como mi rucio. — Justamente porque no lo habéis aún aposentado en un palacio. La castidad y la inocencia suelen ser campesinas que conservan su frescura al aire libre. El lujo, la bulla, el relumbrón del siglo, son afeites que destruyen la belleza del alma. Si eres feliz, morirás en tu nido, porque en él están los bienes. *Bona bonis creata sunt.*

Aquí estaba en su disertación el bachiller, cuando invadió el comedor una vieja tempestuosa que venía diciendo: «¿Cuál es ese hartito de ajos infame? Nada ha perdido por haber esperado.» Y como el monigote que la seguía le indicase á Sancho Panza, arremetió con él la vieja, y prendiéndosele á las barbas, le dió remesones tales, que estuvo en un tris de arrancárselas con quijadas y todo. Sancho Panza las dió por gritar desde luego; mas viendo que eso no aprovechaba, se entregó á repetir puñadas por dentro y fuera, de tal modo, que en breve la puso á la arpa como un trapo. Al ver tan mal parada á su madre, el monigote

cerró con Sancho, y á mansalva le molió la cabeza á coscorrones y le tostó la cara á bofetadas. D. Quijote y el cura, que á la sazón estaban saliendo del comedor, acudieron al ruido, y por medio de su autoridad pusieron fin á la pelea. La vieja trapi-sondista salió desmelenada, despechugada y rota, con dos dientes menos de los tres que le habían dejado por puro favor los años y el corrimiento, y sin ceder un ápice de su venganza, expuso sus agravios ante el cura. Como todo lo vió trastornado, el prudente varón resolvió que las partes volviesen dentro del tercero día, por no decir dentro de cien años. Tan enrevesada parecía la cuestión, que el Areópago no hubiera determinado otra cosa. Puesta en la calle la gente de fuera, y restablecido el buen gobierno, el machucado escudero solicitó por algunas unturas que le hiciesen al caso. «Non vos acutedes, le dijo don Quijote: tan luego como yo vuelva á hacer el bálsamo que sabes, te pondrás bueno y sano y rejuvenecido. Calla por ahora, y conténtate con lavarte el rostro, que en verdad lo tienes achocolatado, como si te lo hubieran hecho adrede. — No ha sido de errada, respondió Sancho; y de pura cólera se arrancó tres ó cuatro mechones de pelo, y se estuvo magullando las canillas con sus propios pies durante un cuarto de hora. — Eso es llover sobre mojado, Sancho iracundo, dijo D. Quijote; repórtate, y ten piedad de ti mismo: si ahora estás debajo, mañana estarás encima; y si hoy te hallas molido, ya molerás á tu vez. Lo que conviene, es que compongas el semblante y te vengas conmigo.»



CAPITULO IX

QUE TRATA DE COSAS VARIAS É INTERESANTES POR SÍ MISMAS,
Y TODAVÍA MÁS POR LA PARTE QUE EN ELLAS TOMÓ D. QUIJOTE DE LA MANCHA

Según que se había propuesto, llevó el cura á D. Quijote á visitar su fábrica. El maestro de obras dijo que el monumento sería de orden corintio, como lo estaban pregonando las columnas y la fachada cuyo trazo tenía ya en la idea, aun cuando no estaban principiadas. «Y no piense vuesa merced que ésta sea la única que tengo entre manos: el puente de Juan Bunbún, pesadilla de los arquitectos más famosos, en dos paletas lo he echado sobre el abismo; y Dios mediante, mi ánimo es llevar á cima esta iglesia, con un pináculo que no le vaya en zaga á la catedral de Sevilla. Y mire vuesa merced, todo lo hago por pura devoción, en descuento de alguna de mis culpas, confiando en la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo que me perdonará mis pecados.» Llegóse al cura D. Quijote, y le dijo por lo bajo: «Si no me engaño, la cabeza del arquitecto de vuesa merced es de orden compuesto de varios licores. — Es un honrado discípulo de Fidias, respondió el cura; alza el codo por casualidad como cuando cae domingo; pero no falla á las reglas arquitectónicas. Suele asimismo solemnizar el día lunes con una diversión dentro de casa. Por lo demás, fuera del sábado, que dedica todo entero á recrearse, no bebe sino el jueves y cuando tiene frío. Festeja sus cumpleaños y los de todos sus parientes,